

PARA COMPRENDER AL VIOLENTO ASESINO EN VENEZUELA HOY

Alejandro Moreno Olmedo

Parece loca la violencia que sufre el país. ¿Qué significa esa locura? ¿Es de veras totalmente irracional o posee una racionalidad interna, una lógica, que permita comprender su nacimiento, su curso y su desembocadura, y pensar, por lo tanto, en márgenes, diques, desagües y rectificaciones?

¿Por qué no se puede? ¿Por qué no se puede ir por ahí pegando y matando según has dicho? Explicame entonces por qué no se puede. No sabía qué contestar. Me salió una frase, sin embargo, casi sin querer, desde luego sin pensarla, como para no quedarme mudo: Porque no podría vivir nadie.

JAVIER MARÍAS

Durante los últimos 34 años, las dos últimas décadas del pasado siglo y lo que lleva este, la violencia delincuencial en Venezuela y, sobre todo, la que más preocupa y atemoriza, la extrema, la letal, productora de muerte, ha ido creciendo y expandiéndose a un ritmo tan acelerado que ningún habitante de este país se siente seguro de que no le pueda alcanzar, a él o a sus allegados, en cualquier momento. Para las nuevas generaciones, su presencia ha formado parte casi normal del paisaje social cotidiano, ha ocupado amplios espacios en el ámbito de la información y se ha introducido en buena parte de las conversaciones familiares de todos los sectores de la sociedad. No

han conocido otro mundo y, por ende, esta violencia puede parecerles compañera normal de la existencia.

Para quienes viven en un barrio el sonido de los disparos de revólveres y pistolas, cuando no de armas más potentes, lejano o cercano, en su calle o en el callejón adyacente, resonando en el eco del cerro, o seco y cortante contra las paredes de su vivienda, ya no asusta, ni siquiera sorprende. Forma parte de la música ambiental, como el ladrido de un perro o el resonar de una motocicleta. Sin embargo, quienes tienen cierta edad han conocido otras épocas y otras circunstancias. En esto sí resulta verdad aquello de que el tiempo pasado fue mejor.

Un fenómeno reciente

Como enseña la experiencia vivida, y lo señalan quienes sobre ello escriben, es válido cuanto asentaba Briceño León (2005: 110): «En dos décadas la población no se duplicó, pero los homicidios se multiplicaron por diez». Todavía en 1989, a Ugalde (1994) y al equipo de investigación de la Universidad Católica Andrés Bello invitado a participar en un estudio conjunto sobre violencia en América Latina les parecía un anacro-

nismo estudiarla en Venezuela. Ese era un problema importante para otros países, no para este. No obstante, en 1987 la tasa de homicidios por cada cien mil habitantes había pasado ya de ocho, y el promedio mundial había llegado a trece (Briceño León, 2007).

No es que en el pasado Venezuela haya sido un remanso de paz. La violencia asesina existió siempre, como desgraciadamente ha existido en toda sociedad desde que el hombre es hombre. Se conocía la violencia propia del medio rural, esa que sobreviene al calor de los tragos, por explosiones de furor, por rencillas de honor entre machos ofendidos, por inveteradas hostilidades entre clanes y familias enfrentadas a raíz de algún reparto de herencias, ocupación de tierras, movimiento de linderos o herraje de ganado. Era la violencia caliente, pasional, orientada a la víctima bien conocida e identificada. La urbana, en cambio, era poco conocida. Surgía muy de tarde en tarde, como excepción, en situaciones inesperadas y sorprendidas.

Cuando desde mediados del siglo XX Venezuela se transformó demasiado rápido en un país completamente urbanizado, al pasar de un ochenta por cien-

Alejandro Moreno Olmedo, psicólogo, director del Centro de Investigaciones Populares.

to de población rural a un ochenta por ciento de población urbana, el proceso se llevó a cabo en forma pacífica; esto es, sin explosión de violencia criminal interpersonal. No tardaron, sin embargo, mucho tiempo en aparecer sus señales.

En el nuevo escenario urbano la primera fue la violencia política, el asesinato de opositores durante la dictadura y luego el de funcionarios de gobierno, humildes policías incluidos, en tiempos de la guerrilla; una violencia dirigida e instrumental como la ha llamado Ugalde (1994), utilizada como medio específico para conseguir fines bien definidos. Era una violencia que se explicaba por sí misma. No planteaba problemas de comprensión sino de justificación.

En estos últimos tiempos, en cambio, Venezuela padece una violencia asesina que no parece tener dirección ni instrumentalidad precisa, porque «no nace de grupos de interés o facciones políticas, económicas o culturales que decidan usar la violencia para defenderse o dominar a la comunidad», como señaló España (1994: 14); una violencia que, en palabras del autor, «se ha vuelto loca» porque «no conoce de normas o de racionalidad que permita dialogar con ella». Esta es, entonces, una violencia que no plantea problemas de justificación porque, por definición, es injustificada ya de partida, pero sí problemas de comprensión.

No basta con decir que es «loca». ¿Qué significa esa locura? ¿Es de veras totalmente irracional en sí misma o dispone de una racionalidad intrínseca, una lógica interna, que permita comprender su nacimiento, su curso y su desembocadura, y pensar, por lo tanto, en márgenes, diques, desagües y rectificaciones? Las preguntas surgen de la angustia que conmueve ante la percepción de que ninguno de quienes hoy viven aquí está libre de peligro, de que pende sobre cada uno, como una espada de Damocles, su amenaza y su inminencia. Todos sufren por el desconcierto, la impotencia y quizás la incapacidad, o lo que es peor, la incuria y el desinterés de las instituciones a las que compete detenerla, controlarla y proteger a los ciudadanos inermes.

En busca de respuestas

Tres caminos principales ha tomado el curso de las respuestas que distintos estudiosos han emprendido: la identificación, la cantidad y las fuentes. Por la vía de la identificación, la violencia se ha revelado diversa y múltiple, omnipresente, infiltrada en todos los intersticios de la cotidianidad de la vida humana, en todas las

relaciones. Se la ha distinguido en física, psicológica, verbal, no verbal, de género, adulta, adolescente, juvenil, contra la infancia, estructural, social, personal, grave, ligera, intermedia, soportable, insoportable, justificada, injustificada, defensiva, ofensiva, de lesiones, mortal, homicida, asesina... Pero, ¿cuál angustia más?

Es cierto que ninguno de los múltiples tipos de violencia es en realidad ética y humanamente tolerable. Pero con muchos de ellos la humanidad ha convivido desde siempre, algunos de los cuales ciertas sociedades han logrado eliminar o mantener dentro de ciertos límites.

En momentos como estos es ineludible establecer prioridades. Sin descuidar ningún tipo de violencia ni ceder ante

Cuando desde mediados del siglo XX Venezuela se transformó demasiado rápido en un país completamente urbanizado, al pasar de un ochenta por ciento de población rural a un ochenta por ciento de población urbana, el proceso se llevó a cabo en forma pacífica; esto es, sin explosión de violencia criminal interpersonal

ellos. Mientras se da batalla en todos los frentes, la violencia delincencial asesina, la que borra de la vida a tantos venezolanos cada día, exige ser aquella hacia la que se dirija el foco de la atención.

Entre las distintas formas de violencia que clasifica la Organización Mundial de la Salud (WHO, por sus siglas en inglés) interesa, entonces, la que se define como violencia no fortuita (intencionada, por lo tanto), física (hasta el extremo de producir muerte) y no justificada (esto es, no en defensa propia, por ejemplo) y por ende delictiva (WHO, 1996). Sobre este tipo específico de violencia los estudios cuantitativos han sido numerosos. Si las informaciones oficiales no son muy confiables, sus deficiencias las suplen con bastante eficacia instituciones universitarias y otras organizaciones que trabajan al margen de la oficialidad. En este esfuerzo se destaca sobre todos el Laboratorio de Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela, dirigido por Roberto Briceño León. En sus numerosos escritos y publicaciones se encuentra abundante información acerca de la evolución numérica del delito asesino en Venezuela durante la segunda mitad del siglo XX y, especialmente, su incidencia en estos últimos tiempos, las formas que asume, las edades de víctimas y victimarios, su pertenencia social y estadísticas de los más diversos tipos.

La acumulación de variadas y abundantes cifras coloca a Venezuela, sus ciudades y especialmente su capital, entre

los lugares más violentos de la tierra. El último estudio de las Naciones Unidas (UNODC, 2013) reporta la tasa de homicidios de 2013 en 53,7 (5,9 puntos por encima de la de 2012), que parece basarse en las cifras oficiales con las que coincide (Briceño León da en cambio una tasa de 79), lo que coloca al país en segundo lugar por debajo de Honduras, que ostenta 90,4.

Cuando bucea en las fuentes y orígenes de esta mortal agresividad la atención del estudioso se dirige, fácilmente, a los amplios campos de la violencia y las grandes causas generales que pueden identificarse como sus productoras. Es cierto, la violencia venezolana, igual que toda otra, ha de considerarse producto de

múltiples factores y, por ende, ninguna de las causas que se aducen la explica por sí sola. Pero, ¿la explican todas juntas?

Para ningún fenómeno, acontecimiento o proceso social puede hablarse de causas, ni una ni muchas, en sentido estricto. Hay que hablar más bien de circunstancias, condiciones, tendencias, posibilidades o probabilidades múltiples, diversas, coincidentes, interrelacionadas y a lo sumo regidas, no determinadas, por una motivación, una integración de experiencias compartidas, un factor social o un conjunto de ellos excepcionalmente activo, capaz de marcar una orientación predominante al fenómeno en cuestión.

Es un hecho que a la llamada violencia estructural de la sociedad concreta, dígame capitalista y explotadora o tenga cualquier otra especificación, están sometidas todas las personas de esa sociedad, pero solo una mínima parte de ellas «sale a matar gente». Es la conducta de este pequeño porcentaje la que hay que explicar. La violencia estructural explica demasiado y, por lo tanto, no explica nada.

Lo mismo puede decirse de la situación general de los sectores populares y las condiciones de pobreza y exclusión en las que, se considera, viven. Ellas afectan a todos los venezolanos de esos sectores, pero solo una mínima parte se dedica al delito violento extremo. La pobreza y la exclusión, lo mismo que otras condiciones de la vida popular, no lo

explican. No explican qué sucede para que Héctor Blanco, uno de los sujetos estudiados por el equipo del Centro de Investigaciones Populares, pueda decir: «Cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios» o «A partir de los catorce años me empecé a meté en problemas, empecé a dale tiros a la gente» y, en cambio, Ismael, abandonado y sin familia desde los tres años, no solo nunca haya matado a nadie sino que hoy sea un dedicado educador de niños en situación de calle (Moreno, Campos, Pérez y Rodríguez, 2009: 314, 309 y 798-825). Ambos han vivido en la misma sociedad opresora, corrupta, explotadora y violenta estructuralmente, y las circunstancias de exclusión y marginalidad han sido para Ismael aun peores que para Héctor.

Hacia una comprensión profunda

Es aquí donde la psicología social —unida a la antropología cultural urbana, la sociología, la reflexión filosófica situada en lo concreto y la interpretación hermenéutica de la realidad vivida— puede ayudar a explicar y sobre todo a comprender. Hay que decir que se conoce la violencia desde fuera de sus actores. Pero, ¿cómo es ella desde dentro de los propios sujetos violentos? Si, viviendo en las mismas circunstancias, la gran mayoría de la gente no cae en el delito asesino, ¿quiénes caen en él? ¿Cómo son? ¿Cómo se relacionan? ¿Cuáles son sus profundos deseos? ¿Cuál es su proyecto vital?

Por este camino se ha llegado a elaborar una caracterización, o un perfil, del delincuente violento de origen popular en la Venezuela de hoy, desde su estructura y su proceso interior de formación, sobre la cual pensar en maneras y procedimientos de acción, en proyectos factibles de prevención y corrección. El producto de este trabajo, el concepto resultante de un largo estudio, se presenta como el núcleo integrador del fenómeno violencia delinquecual en cada uno de quienes la ejercen.

Las vidas de estos sujetos, si se aborda desde la perspectiva de la vida social que vive la gran mayoría de las personas, las normas de convivencia compartidas que garantizan una existencia humana mínimamente segura y comfortable, parecerían absolutamente irracionales. Aparentemente, tendría razón Luis Pedro España cuando afirma que la violencia se ha vuelto loca. Si, en cambio, se hace el esfuerzo de ver estas vidas desde ellas mismas, penetrando en el interior de la manera como se ubican sus actores como vivientes y considerando las reglas de producción de su vivir cotidiano y el

sistema de significados que subyace al discurrir de su vida en la cotidianidad, se encuentra un principio de organización de sus múltiples acciones, experiencias y conductas, que dota al todo de una racionalidad interior, de una lógica intrínseca, que conforma una manera específica de ejercer la vida.

Para dar nombre y contenido conceptual a esta integración se ha elabo-

En el ámbito de absoluta arbitrariedad egocentrada en el que discurre su vida, el violento, en aparente paradoja, se siente juguete del destino

rado el constructo forma-de-vida. El constructo «forma-de-vida violencia delinquecual» permite, además de sintetizar orgánicamente la multiplicidad del fenómeno, distinguir entre los violentos que encajan perfectamente en él, y que por lo mismo están constituidos como personas por esta forma-de-vida, y los que han desarrollado una historia que circula, un tanto o mucho, al margen de ella. Los primeros se denominan delinquecuals violentos estructurales; y los segundos, delinquecuals violentos circunstanciales o accidentales.

Las diferencias entre unos y otros son muy importantes. La principal diferencia es que los estructurales nunca salen de esa forma-de-vida en la que persisten hasta su muerte, generalmente violenta y temprana; mientras que los segundos se recuperan como personas y se integran antes o después, sin necesidad de intervención especializada, a la normalidad social.

La forma-de-vida violencia delinquecual posee un núcleo dinámico de integración que la dota de sentido y la constituye en estructura. Es lo que se ha identificado y definido como centralidad autorreferente del yo subjetivo expansivo y sin límites como proyecto vital. De esta vivencia y práctica del yo reciben su sentido todos los componentes de la forma-de-vida que, por eso, a su luz ha de ser comprendida, analizada y conceptualizada.

Todas las historias de vida de los violentos estructurales pueden ser pensadas como historias hechas de delinquecual y de violencia. La violencia está presente y actuante en todo su curso vital histórico. A estos sujetos, desde muy pequeños, la violencia los acompaña y se les va introduciendo en la estructura de su persona de modo que llega a constituir parte esencial de su vida, a convertirse para ellos en una manera «normal» de vivir. La violencia y el delito los van

haciendo, los van produciendo, los van creando como personas concretas, van formando su vida. Es un proceso de personalización por la violencia.

Héctor expone muy bien el punto de partida: «To' empezó porque también me sometían y... llegó un momento en que me ostiné... yo veía a los malandros que los respetaban, a todos los respetaban, y a mí esos chamos me querían es-

tar sometiendo y me cansé... me compré una pistola... a partir de ahí, me dieron una cachetá y le di cuatro tiros al chamo, a raíz de eso, empecé a cometer bastantes homicidios... cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios» (Moreno y otros, 2009: 314). De ahí surge lo que todo delincuente asesino expone como su motivación fundamental: la búsqueda de lo que llaman «respeto».

El respeto no es una condición o una actitud del violento hacia los demás sino, al contrario, la actitud que él está en condiciones de imponer a los otros para con él, por temor y sometimiento ineludible, con lo que esos otros reconocen su superioridad e importancia indiscutidas. El respeto se obtiene por la imposición y la exhibición de poder. Es una demanda de reconocimiento y ascendencia que se impone.

Por estos y otros múltiples caminos se organiza y decanta la forma-de-vida violencia delinquecual que, para los violentos estructurales, se convierte, y así es percibida subjetivamente por ellos, en un destino del cual ya no se pueden librar; de hecho, funciona como tal. Esta percepción la expresan con un término lleno de significado: la vía.

En el ámbito de absoluta arbitrariedad egocentrada en el que discurre su vida, el violento, en aparente paradoja, se siente juguete del destino; es decir, de una fuerza anónima y externa que lo domina y rige su existencia. En esto consiste la vía, el camino en el que discurre la vida. Una vez en la vía, la vida ya no depende de su actor, depende de la vía misma.

¿Dónde está, de dónde viene, cuál es su punto de partida, cuál es la fuente originaria de semejante posición ante la vida? De la investigación resulta muy claro que el origen y el movimiento motivacional primario de toda su forma violenta de vida no está en la pobreza ni en las circunstancias ambientales adversas vividas

por los sujetos. Ninguno, en efecto, cuando empieza ni durante toda su trayectoria de delito, roba artículos de necesidad. Sus hurtos van dirigidos a adquirir objetos de representación, artículos de lujo que den prestigio ante los demás; es decir, respeto. El factor originario principal y fundamental ha sido otro: el sufrimiento padecido en las primeras etapas de la vida, la violencia recibida que se transforma muy pronto en violencia administrada hacia los demás.

Hay en el fondo de todo una relación muy dañada, especialmente con la madre. Esto es característico, si se tiene en cuenta que, en el mundo-de-vida popular venezolano, las familias son predominantemente matricentradas, en las que la figura materna lo es todo y constituye lo verdaderamente estructural del núcleo familiar, mientras que el padre es una figura tangencial que no tiene real signifi-

cambiar de vida. Esto se reafirma cuando consiguen una mujer con la que logran establecer pareja estable.

El estudio encontró, inesperadamente, lo que podría considerarse la evolución histórica de la violencia delincencial en Venezuela desde los años cincuenta hasta hoy. Pueden distinguirse tres etapas: antigua (o del malandro viejo, como se le llama en los barrios), media y actual (o del malandro nuevo). Las diferencias son muchas e indicativas, pero vale la pena centrar la atención en el proceso de autonomización de la violencia delincencial.

La delincuencia, en tiempos de los «antiguos» no era autónoma con respecto a la sociedad, la comunidad del barrio, la opinión de los ciudadanos. Eso no impedía que el delincuente delinquir, pero para hacerlo tenía que observar ciertas formas, resguardarse, ejecutarlo

deja las vías de la ciudad y se adentra por las calles de cualquier barrio donde impera no solo la impunidad más absoluta sino también el total descontrol sobre las drogas y las armas, ambos artículos muy fáciles de conseguir, distribuidos, además, con demasiada frecuencia, por los mismos agentes de los distintos organismos policiales y militares.

¿Qué hacer?

El estudio no presenta recetas de solución porque, y así se dice al final, «de recomendaciones está empedrado el camino que ha conducido a esta violencia como de buenas intenciones el del infierno» (Moreno y otros, 2009: 894). Si algo, sin embargo, se puede indicar, dejando de lado muchos otros aspectos que del trabajo se pueden deducir, y concentrando la atención en uno que parece de la mayor importancia, es que hay que prevenir y prevenir en el seno de la familia popular.

Hay familias en las que se forman los futuros criminales. Sobre ellas, que pueden ser a tiempo identificadas, la sociedad y el Estado al servicio de ella han de ejercer intervenciones de asesoramiento, apoyo de todo tipo, desde el económico hasta el psicológico, y sustituciones cuando sea el caso, siempre teniendo en consideración el mundo-de-vida y la cultura popular a la que pertenecen y penetrando a fondo en la comprensión de los procesos que ocurren en la familia matricentrada, los cuales son muy distintos de los que se conocen como propios de las familias nucleares tradicionales. **■**

El niño empieza a manifestar su violencia en la casa, en la escuela, en el vecindario donde encuentra abundante caldo de cultivo en la pandilla de coetáneos y en el ejemplo de los delincuentes mayores

cación para los hijos. Al fallar la madre, a menos que sea sustituida eficazmente por una abuela u otra figura femenina, no hay compensación posible. El niño empieza, entonces, a manifestar su violencia en la casa, en la escuela, en el vecindario donde encuentra abundante caldo de cultivo en la pandilla de coetáneos y en el ejemplo de los delincuentes mayores. Luego, ya adolescente, la actúa en las calles de la ciudad, en los primeros asesinatos, en las primeras experiencias de reformatorio, y de joven adulto hasta su temprana muerte —no suelen vivir más de 25 años— de mil maneras y en la cárcel. Es la vía.

Para los delincuentes violentos circunstanciales el proceso es muy distinto. Ante todo, su experiencia familiar temprana es fundamentalmente positiva. Puede haber en alguno de ellos algún tipo de problema hogareño, pero no llega a impulsarlo a la violencia temprana y a la huida hacia la calle. Su iniciación en el delito coincide con la rebeldía adolescente y su incorporación al grupo de coetáneos del ambiente barrial donde vive. Mientras que los estructurales no logran permanecer en la escuela, los circunstanciales se mantienen en ella hasta finalizar por lo menos la primaria. Caen en delitos, incluso en homicidios, pero manifiestan sentimientos de culpa, y la experiencia de la cárcel, en vez de sumergirlos más en la violencia como sucede con los otros, les produce el deseo profundo de no volver y encuentran que la manera de lograrlo es

en ciertos espacios y no en otros, en ciertos tiempos y no en otros. Estaba sometido a un determinado control.

Los «nuevos», en cambio, se han autonomizado por completo. Ninguno de esos dispositivos sociales ejerce presión sobre ellos. Es una autonomía de todo rastro de los valores de la cultura, de todos los significados del mundo-de-vida popular, de todo lo que se ha conceptualizado como «humano» en la tradición y de lo que en el «antiguo» siempre quedaban huellas. Para ellos la muerte del otro es una decisión simple. Está más allá del odio y del amor. No necesita explicación, procesamiento racional ni afectivo. Se ejecuta y ya está. Se les puede aplicar lo que decía uno de los niños soldados de las terribles guerras africanas (Sanchiz, 2004): «A los diez años yo era una máquina de matar... nada nos infundía respeto».

El énfasis en la dinámica psicológica del delincuente violento de origen popular, los móviles que rigen su singular subjetividad, no niega la importancia de los factores propios de la estructura social, económica y ambiental. Estos, sin embargo, no actúan de la misma forma en todas las personas. Solo en quienes poseen disposiciones propias, enraizadas en su historia desde que esta arranca, su incidencia los abre al delito y a la violencia extrema. En la Venezuela actual a todo ello se añade la ausencia, en la práctica cotidiana, del Estado, apenas uno

REFERENCIAS

- Briceño León, R. (2005): «Dos décadas de violencia en Venezuela». En: Fundación Venezuela Positiva, Violencia, Criminalidad, Terrorismo, Caracas.
- Briceño León, R. (2007): «Violencia urbana en América Latina». Espacio Abierto. Vol. 16, julio-septiembre (Maracaibo).
- España, L. P. (1994): «Introducción: la violencia en Venezuela». En Varios: La violencia en Venezuela. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana y Universidad Católica Andrés Bello.
- Moreno A., A. Campos, M. Pérez, W. Rodríguez (2009): Y salimos a matar gente: investigación sobre el delincuente venezolano violento de origen popular. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Sanchiz, I. (2004): «Meter un niño soldado en Sierra Leona». La Vanguardia, jueves 23 de diciembre, Barcelona, España.
- Ugalde, L. (1994): «Presentación». En Varios: La violencia en Venezuela. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana y Universidad Católica Andrés Bello.
- UNODC (2013): «Global study on homicide». http://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/2014_GLOBAL_HOMICIDE_BOOK_web.pdf. Consulta: 9 de julio de 2014.
- WHO (1996): «Global consultation on violence and health». En OMS: Violence: a public health priority. Ginebra.